

POESÍAS

DE

DON JOSÉ AMADOR
DE LOS RÍOS

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

DE

DON JUAN VALERA

1880

Poemario conteniendo versos de todas clases: líricos y épicos o narrativos, agrupados en: Poesías varias, Romances, Epístolas, Odas, Sonetos y Traducciones hebreas.

Comunes son a todos ellos la corrección, lo castizo del lenguaje, la dicción poética adecuada a cada género, la maestría en versificar y la abundancia de imágenes.

Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa



ANIVERSARIO

*“El que lee mucho y anda mucho,
ve mucho y sabe mucho”.*

*“El ver mucho y leer mucho
aviva los ingenios de los hombres”.*

*“No hay libro tan malo
que no tenga algo bueno”.*

Miguel de Cervantes Saavedra.



epublibre

Más libros, más libres

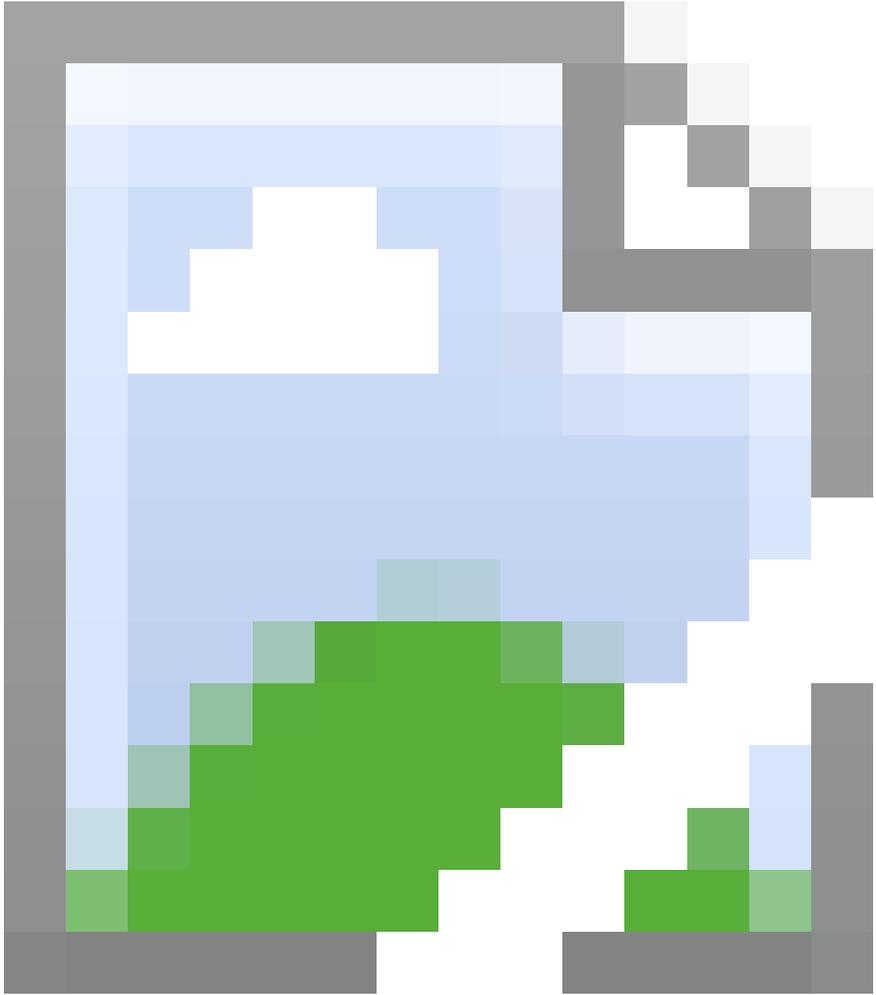
Este libro se publicó en el año 1880. He respetado la grafía de las palabras y el uso de la tilde de la época, tal como aparecen en el original. (N. E. D.).

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

POESÍAS



PRÓLOGO

En los pasados siglos, era moda en Europa anunciar como próxima la fin del mundo. Ahora, más cauta la gente, anuncia la fin de otras cosas, pero con tal arte y dando tan vago concepto de aquello cuya fin anuncia, que, aunque viva lo que da ya por muerto, no pasa el profeta por ignorante ó mentiroso. Así, por ejemplo, el anuncio de la muerte de la poesía ó la afirmacion de que está muerta ya. En balde protestarán contra la muerte de la poesía un enjambre de poetas y una multitud de tomos de versos, que en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Rusia, en el mundo todo, abundan hoy como nunca. Con decir el profeta ó afirmador de que la poesía murió, que esos volúmenes que hoy se publican no son de poesía verdadera y espontánea, sino de artificial, erudita y falsa poesía, ya responde al argumento y persevera en su opinión.

De aquí que ande hoy tan valida la division de la poesía, en espontánea y reflexiva, inspirada y erudita, popular y no popular. Pero en esto hay incertidumbre tambien, y cada cual tilda de espontánea y popular la poesía que le agrada, y de erudita y artificial la que no le agrada. Verdad es que, por lo comun, el vulgo de los críticos se inclina á calificar de poesía espontánea é inspirada la de aquellos hombres que han estudiado poco ó que nada han estudiado, y á considerar como poesía artificial y criada en invernáculo la de aquellos hombres que han tenido buenos estudios. Leopardi, Goethe, Carducci y otros, á

quienes nadie puede negar el título de grandes poetas y de grandes eruditos á la vez, son excepciones monstruosas que no deben tenerse en cuenta.

Nótese bien cómo, en todas partes y singularmente en España, es mil veces más difícil lograr fama de poeta al que la tiene ya de persona estudiosa, que á aquel que no la tiene.

De aquí, sin duda, la desventaja de D. José Amador de los Ríos para ser celebrado como poeta, y la dificultad del prologuista para hacer creer al público, como él cree, que era poeta D. José Amador de los Ríos.

Para mí es evidente que, de cada diez lectores de este prólogo, uno, á lo más, dejará que le convenzan, sin resistir mucho, de que pudo ser poeta el autor de la *Historia crítica de la literatura española*, de la *Historia de los judíos*, y de tantas otras obras de erudición, que presuponen largos estudios, suma diligencia, asídúo trabajo y mil prendas y esfuerzos, que no sé por qué no se creen compatibles con la condicion de poeta.

Figurémonos, por el contrario, que este mismo tomo de POESÍAS tuviese por autor á una persona enteramente desconocida como literato. Aseguro que, si mi corta habilidad no me faltase por completo, haría yo creer fácil mente, que sacaba de las tinieblas del olvido á la viva luz de la gloria, á un pasmoso vate, épico, lírico, elegiaco y todo á la vez.

No debo, con todo, apelar á la estratagema de ocultar el nombre famoso, como erudito y crítico, del autor de estas POESÍAS. Tanto el autor, como el prologuista, tenemos que luchar con la desventaja que el nombre dá al autor para ser tenido por poeta. Lo único que es lícito es prescindir de su saber y de su fama como sábio, y hablar aquí de sus POESÍAS, como si se hablase de las poesías de otro que sólo por ellas aspirase á ocupar un lugar más ó ménos elevado en el templo de la inmortalidad.

Examinemos, pues, las POESÍAS, sin la menor preocupacion, ni adversa ni favorable. Y digo ni favorable, por que yo, si he de hablar con franqueza, me dejo llevar de una opinion contraria á la que creo que prevalece: y cuando sé de álguien que, siendo buen humanista y buen crítico, y conociendo los clásicos griegos y latinos y los de su propio idioma y patria, tiene la aficion de hacer versos y los hace, ya, ántes de leerlos, doy por cierto que, si no son de mérito superior, no pueden ser, ni malos, ni desatinados, ni de gusto abominable, ni faltos de sentido y de juicio: que algunas calidades habrá en los versos por donde merezcan alabanza, porque, si no, la misma crítica del autor, cuando no hubiera servido para impedir que los hiciese, hubiera servido para moverle á que los quemase ó rasgase al cabo.

Lo que no dá la erudicion, pero lo que no dá la ignorancia tampoco, ántes suele echarlo á perder, si álguien lo tiene, es aquella divina locura, aquel atinado delirio, aquel sacrosanto furor, que hace del poeta un sér singular, y que presta á sus obras, si no á todas, á las mejores al menos, raro hechizo y perenne atractivo para las almas delicadas, capaces de comprender lo bello y lo bueno, y que, al leer tales poesías, ven con forma sensible, perfecta y clara, merced al arte de la palabra rítmica, lo más hondo, lo más puro y lo que hasta entónces han tenido por más inefable y arcano en sentimientos y en ideas.

Á este grado eminente del sér de poeta, no llegan muchos, y, á mi ver, no hay crítico que tenga autoridad para decir que éste ó aquél llega, como no le acompañen otros en dar el fallo, y al fallo se une la aclamacion entusiasta de la muchedumbre. Pero el crítico puede y debe decir muchísimo en elogio de las poesías estimables y buenas que le incumbe juzgar, sin tocar punto tan árduo y peligroso como el de declarar *génio* á su criticado, especie de canonizacion ó de apoteosis, que rara vez es valedera cuando se hace en vida ó poco despues de la muerte del autor.

De cada cien apoteosis ó canonizaciones de estas, la posteridad acaso confirme una.

Abstengámonos, pues, de tanta empresa, y limitémonos á más modesto papel.

Por varias razones desempeño yo gustoso el de prologuista de este volúmen. Su autor era amigo mio de hacía muchos años, y era además todo lo que puede imaginarse de más paisano: como que era de Baena, villa que está á tres leguas de Cabra, que es donde yo nací, y á una de Doña Mencía, donde tengo mi cortísima hacienda. Aquellos lugares son fecundos en hombres que vienen luégo á figurar en Madrid como literatos y como poetas; pero, sin duda por estar ya muy acostumbrados á estas glorias, no les dan importancia. Menendez Pelayo, por ejemplo, es de Santander, y toda Santander se complace, con in equívocas y frecuentes manifestaciones, de tener hijo tan ilustre. Jamás, que sepamos, hizo nada Baena por el antecesor de Menendez Pelayo en la cátedra de Literatura española de la Universidad Central. De Baena es tambien el notable humanista Camús. De Lucena, á una legua de Cabra, es Canalejas. En Zuheros, un cuarto de legua de Doña Mencía, si no han nacido, tienen casa y bienes los discretos y eruditos hermanos Aureliano y Luis Fernandez-Guerra. En fin, sería cuento de nunca acabar el ir enumerando aquí los hijos preclaros en letras que tuvo y tiene la provincia de Córdoba, desde Lucano, Séneca, Céspedes y Góngora, hasta el Duque de Rivas, Grilo, Reina y Alcalde Valladares. La provincia, como tan fecunda en producirlos, no se toma el trabajo de ensalzarlos, y deja que el resto de España, ó á veces el mundo entero, los ensalce.

Algo perjudican á la reputacion y nombradía, en la provincia, de la gente de letras allí nacida, la nombradía y gloria que alcanzan sus hombres de armas tomar, famosos todos, desde aquel que se llama por excelencia el Gran Capitán, y conquista reinos, hasta aquellos otros, de condicion más aviesa y de fama poco menor, como el Chato de

Benamejé y el Cojo de Encinas-Reales, sobre cuya patria jamás habrá disputa, como sobre la de Homero ó sobre la de Cervantes, ya que por el mismo nombre de la patria son conocidos.

Otra buena condicion de que carecen los cordobeses letrados ó que por las letras tienen capacidad y sino de encumbrarse, aunque no tengan muchas letras, es aquel espíritu de compadrazgo y de mútuo auxilio, tan subido de punto y tan eficaz entre los astures, por donde ha habido tantos y tantos que han ocupado en España los primeros puestos. En mi provincia, cada cual mira por sí, sin auxilio de nadie, de modo que los encumbramientos son milagrosos. De aquí, sin duda, que aquella frase pintoresca de *saber buscársela* se inventase en mi provincia para designar una de las mayores habilidades, una verdadera ciencia infusa, una inspiracion, un estro, cuando no más sublime, más útil que el poético, y del cual pudiéramos citar, si no temiésemos ofender su modestia, larga lista de cordobeses abundantemente dotados.

Pero dejémonos ya de divagaciones, y vamos á las POESÍAS de D. José Amador de los Ríos.

Las aquí coleccionadas forman un tomo de 300 páginas, que será el primero de una larga série de ellos, pues la familia del autor se propone publicar sus obras en edicion completa, si el público se muestra medianamente propicio.

Un buen modo que los baeneros tendrian de desmentir mis asertos, sería suscribiéndose á estas obras completas siquiera por trescientos ejemplares, lo cual no es mucho, si se atiende á la riqueza, poblacion é importancia de la villa de Baena; pero sigamos adelante, y dejemos á los baeneros que hagan lo que gusten, arrebatados de la propia iniciativa, aunque justo y conveniente es recomendar á los editores, que, ya que este tomo va á salir tan en sazón, envíen á Baena, al ménos los trescientos ejemplares que hemos dicho, en los primeros días de Octubre, que es allí

la féria; féria de las más alegres, lujosas y regocijadas, y donde circula más dinero en ventas, juego y diversiones, de toda Andalucía.

En el tomo hay versos de todas clases: líricos y épicos ó narrativos. Comunes son á todos ellos la correccion, lo castizo del lenguaje, la diction poética adecuada á cada género, la maestría en versificar y la abundancia de imágenes. Hablemos separadamente de los versos líricos primero, y de los épicos despues.

Otra dificultad, no menor que la de su saber, tenía Amador de los Rios para hacerse popular en España como poeta: la templanza de sus opiniones ó doctrinas políticas, y hasta la prudente circunspeccion con que trataba las cosas de fé ó dejaba entrever sus principios religiosos. No halagaba ni las pasiones del vulgo revolucionario, ni las del vulgo reaccionario. Los partidos extremos, que son los que en España hacen propaganda, no se movian en su favor. Por el contrario, ya los absolutistas y clericales le tildaban de libre-pensador y hasta de impío; ya los radicales, progresistas y republicanos, le censuraban de servil y de adulator de las potestades terrenas: de príncipes y de reyes. Ni unos ni otros tenían razon; pero Amador de los Rios, con su *justo medio*, no lograba otra cosa, y era harto sincero para adoptar un tono exagerado á fin de conquistar el aura popular y el aplauso de alguno de los partidos entusiastas.

Como todo poeta, ó mejor diremos como todo hombre, cuando no hace vida pública activa, imponiéndose un papel marcado, Amador de los Rios se inclinaba un poco, ya de un lado, ya de otro, segun las circunstancias; pero siempre prevalecieron en él los sentimientos monárquicos y católicos sobre los otros sentimientos. Téngase en cuenta, no obstante, que en España han estado y están todavía tan arraigados en las almas la monarquía y el catolicismo, que, por atraccion invencible, hasta los hombres más liberales en prosa, se van del seguro en verso, y son capaces

de defender la inquisición y de condenar el libre pensamiento y la serena investigación de la verdad, infamándola con los dicitos de *delirio insano* y *osada impiedad*, digna de que Dios la castigue duramente. Así Espronceda, en sus versos *Á Jarifa*. Amador de los Ríos, por fortuna, no va nunca tan léjos; pero el amor de la patria tal vez le hace incurrir en demasías, aunque disculpables. Por ejemplo, en su *Inspiración en el Escorial*, entusiasmado por nuestras antiguas glorias de los tiempos de Carlos V y Felipe II, y por las recientes aunque algo inferiores, que ganó D. Ramon Narvaez en 1848, venciendo á seiscientos ó setecientos hombres, que se sublevaron, y exportando doble ó triple número para que no se le sublevaran más, Amador de los Ríos se pone á vaticinar, por los excesos de la revolución y de la demagogia, nada ménos que la ruina de imperios y de civilizaciones, tan fuertes y glandes como los de la Gran Bretaña, Francia, Alemania é Italia, miéntras que España, sostenida por el catolicismo y por D. Ramon Narvaez, levantará su estandarte en el Pirineo y vencerá al nuevo Atila.

El vaticinio de Amador de los Ríos no lleva trazas de realizarse. Francia é Inglaterra siguen ricas y poderosas, á pesar de sus impiedades y revoluciones; Alemania é Italia se han hecho dos grandes Estados, merced en parte á esas impiedades; y España, á pesar de su piedad y de sus Narvaez novísimos, no es cosa mayor lo que florece, aunque mejor está que estaba cuando éramos más pios.

Esta falta de tino profético no nos perjudica, porque al fin nosotros no sostenemos que Amador de los Ríos fuese buen profeta, sino que fuese buen poeta, y para esto, incluso la misma *Inspiración en el Escorial*, todo sale en nuestro abono.

Los versos *Á la creación del Teatro Español*, en elogio del Conde de San Luis, son ingeniosos y discretos, y dignos del acontecimiento, tan fausto para los autores dramáticos, que en dichos versos se celebra. Dichos versos, ade-

más, son un laudable esfuerzo, en verdad premiado por el éxito, para emplear el estilo, el lenguaje, los giros y hasta el modo de presentar las imágenes, que se usaban en el siglo XV, en un asunto tan de actualidad y tan del siglo XIX.

Casi todas las composiciones líricas de Amador de los Ríos son *de ocasion*, lo cual ya prueba mucho en su favor; ya prueba que no quería ser poeta de oficio, ni se ponía á componer versos á destajo: vicio insufrible en la lírica, para la cual importa que haya siempre un móvil externo que interese mucho al poeta y que agite su alma, excitando en ella entusiasmo, dolor ó alguna otra pasión vehemente y elevada.

De esta clase es la epístola á D. Francisco Rodríguez Zapata, *En la muerte de D. Alberto Lista*, una de las más bellas composiciones del tomo, donde hay verdaderos sentimientos de amor y de admiración por el ilustre maestro de la gran escuela sevillana, á la que Amador también, así como Zapata, Tassara, Campillo y otros poetas de no vulgar mérito, han pertenecido y pertenecen. Cuanto se dice allí en elogio de Lista, y para expresar el dolor de haberle perdido, es sincero y está felizmente expresado.

En versos inspirados por las mujeres, aunque la vida recogida y adusta del laborioso escritor se prestaba poco á esto, hay á menudo ternura y más delicadeza y gracia que en versos de galanteadores profesos. Véase en prueba de ello los que llevan el misterioso título *Á E...*, donde hay, entre otras, estas lindas estrofas:

No quieras, –pues que á mis ojos
eres el ángel que guarda
mi ventura,–
sembrar de nuevos abrojos
el pecho, y que estéril arda
mi locura.

Al dulce ruego tu mano
cubra mi abrasada frente
 piadosa;
y cual lluvia de verano
apaga la llama ardiente
 que me acosa.

—

Como de pura fontana
raudal brota cristalino
 de ambrosia,
ó como en fresca mañana
el alba néctar divino
 nos envía

—

de tus lábios brote y mane
bálsamo de nueva vida
 para mí.
Brote y providente sane
la aguda, enconada herida
 que sentí.

Hay asimismo una composición, de la primera mocedad del poeta, siendo sin duda estudiante en Sevilla, donde celebra á Baena, su patria, y á las lindas muchachas de Baena, sus paisanas. Esta composición muy bonita y candorosa, y para los que somos de por allí tiene más hechizo, pues al leerla se nos figura ver á Baena y su enriscado castillo, en mitad de la fértil campiña que los rodea, cubierta de rubias mieses, de huertas, olivares, viñas, sotos y alamedas, que crecen al borde los arroyos, dorado todo por un sol espléndido, digno de entre trópicos.

Villa fuerte y fronteriza,
fué espanto y terror del moro;
y su vega fertiliza